

### **III Domingo de Cuaresma**

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

Hermanos y hermanas, en este Tercer Domingo de Cuaresma, toda la comunidad cristiana en todo el mundo recuerda la importancia de la conversión para ser cristiano. Y conversión implica muchas cosas, por ejemplo, lo que hemos vivido en el Primer Domingo de Cuaresma, donde reconocimos las tentaciones que tenemos (personales, familiares, nacionales e históricas) para entrar en un proceso de cambio y detectar qué cosa es lo que nos tienta más.

En el Segundo Domingo de Cuaresma, el Señor nos ha invitado a que hagamos una consideración de ese amor que Él nos tiene; y nos ha pedido que nos preguntemos si, en la oración que hacemos, escuchamos al Señor o nos escuchamos a nosotros mismos.

Hoy día, el Señor nos plantea un problema muy grande: ¿Qué cosa pensamos nosotros de la desgracia humana y de la tragedia humana? ¿Pensamos que nos ocurre por obra de que Dios nos castiga? ¿O pensamos que, en gran parte, es nuestra responsabilidad? Vamos a meditar esto, porque, aquí está planteada una cuestión muy larga en la historia de Israel. Los sacerdotes de Israel habían impuesto, como forma de comprender el mal, que el mal venía a consecuencia del pecado. Todos sabemos que cuando uno peca, se produce mal. A veces, inclusive, peca uno creyendo que se hace bien a uno mismo, pero le hace mal a los demás. Cuando uno comete una cosa grave, destruye a los demás y se destruye a sí mismo.

Pero los sacerdotes de Israel habían agregado algo más: cuando alguien sufre, debe ser porque algún pecado ha tenido. Eso lo tenemos en el libro de Job. Cuando alguien

sufre como Job, le decían todos los amigos que lo acompañaban: Job, ¿cuál es tu “tapadito”? ¿Por qué hiciste eso? ¿Por qué estás sufriendo la lepra? Algo grave has hecho o alguien de tus antepasados lo ha hecho.

Y resulta que Job no había hecho nada malo. Esto quiere decir que hay sufrimientos que no vienen por nuestra culpa, vienen, o por la culpa de otros sobre nosotros, o vienen simplemente por razones naturales. Piensen ustedes en la tragedia que ha sucedido en Trujillo, en el pueblo de Retamas. ¿Nosotros podríamos afirmar - como lo hacían los sacerdotes – que el derrumbe de sus casas y la muerte de muchos inocentes ha sucedido porque pecaron mucho seguramente?.

¿Les parece justo? ¿Les parece justo que, cuando sucede una tragedia, esa tragedia sea consecuencia del pecado de alguien? ¿O es producto simplemente de un fenómeno natural que ha afectado a estas personas?

¿Y qué hacemos cuando hay una tragedia? ¿Qué hacemos cuando la Pandemia nos azota y afecta a todos? ¿Creen ustedes que es por nuestro pecado que ocurre eso y que Dios lo manda como castigo?

El gran problema siempre es atribuir a Dios unos castigos que Él no quiere realizar ni nunca ha querido realizar. Si fuera así, hubiera mandado a su Hijo para que se bajara de la Cruz y nos matara a todos, ya que hemos cometido un mal muy grande con el Hijo de Dios, especialmente aquellos que lo asesinaron y sabían que era el Hijo de Dios, el sacerdote eterno que nos iba a salvar. Sin embargo ¿Jesús se bajó de la Cruz para matarnos a todos? En Jesús está la última Palabra, la Palabra definitiva que Dios ha dado a la humanidad: Dios es amor y solo es amor, Él nos perdona de

todas nuestras culpas y sufre por nosotros para reparar todo el mal que hacemos, todos los errores que cometemos.

Si alguien ha cometido un mal y sufre a consecuencia de ese mal, es porque su propia lógica lo ha llevado a esa situación. Pasaba que Jesús cuenta dos hechos que parece que eran conocidos en esa época: el hecho de que Pilato había mandado matar a unas personas en unos sacrificios y mientras lo hacían, se mezcló la sangre de los animales sacrificados con las de los galileos asesinados por Pilatos. El Señor, entonces, recibe esta noticia y les dice: “¿Ustedes creen que ellos eran más pecadores que ustedes y que todos?” Lo mismo con la torre de Siloé. Se había caído una torre en Jesuralén y habían muerto 18 personas. Jesús les dice: “¿Ustedes creen que ellos eran más pecadores que todos los demás?”.

El Señor nos dice hoy que, si no nos convertimos, puede suceder algo peor. Él no dice: “Si no se convierten, yo los voy a castigar”. Jesús habla de la consecuencia de nuestros propios actos, que, por no convertirnos, por no cambiar de mentalidad y seguir prejuzgando, esta actitud nos puede llevar a la destrucción.

¿Qué es lo que está pasando hoy día en nuestra sociedad? Se hace una guerra porque hay unos “gays” que se han levantado en Ucrania ¿Es justo hacer una guerra por eso? El Papa ha dicho esta semana que no existe una “guerra justa o santa”, y por lo tanto, si no cambiamos de mentalidad, si atribuimos a Dios las cosas que nosotros hemos hecho culpablemente, si no nos arrepentimos, si no cambiamos, entonces, vamos a entrar en un caos peor.

Y eso se dirige a nuestro país también. Estamos en una situación muy grave todavía porque todo lo que se hace, parece no hacerse por el bien común, sino solamente por el interés propio. Y si no cambiamos, si no abandonamos los

intereses absolutamente propios y no ponemos como absoluto el bien de todos, vamos a tener tragedias peores.

Jesús simplemente describe lo que pasa con el pecado: enreda las cosas y genera una situación indetenible, que todavía estamos a tiempo de recapacitar y detener. Por eso, Jesús les dice dos cosas importantes: hay que convertirse para detener este proceso y, por lo tanto, hay que reconocer el pecado, hay que curar las heridas.

Es preciso detener el caos llegando a un arreglo, no a una componenda pensando en sí mismos, sino a un arreglo real en donde haya una legítima garantía de que todos están siendo escuchados, especialmente los mas perjudicados, y se llegue a una armonía real, no ficticia, no solamente para poder ganar votos o apoyo, sino una construcción entre todos para ver cómo solucionamos esa diversidad de intereses que existe y cuál es el interés prioritario, como por ejemplo, la situación de hambre en la que se encuentra la gente, la situación de miseria en que se encuentra la mayoría, el sufrimiento que estamos viendo en tanta gente. Y en el caso de la guerra pensar cómo solucionamos para que no sigan muriendo los niños. El Papa Francisco ha dicho en el Ángelus de hoy que la guerra es una masacre repugnante y un “ sacrilegio” sin sentido que tenemos que rechazar profundamente, y detener.

Por eso, hermanos y hermanas, este domingo es para preguntarnos: ¿Estamos dispuestos a cambiar nuestra mentalidad tronchista, que busca su interés propio y no ve el interés de todos? Si no nos convertimos, todos los peruanos vamos a sufrir una realidad más grave todavía. Acuérdense que en el pasado sucedieron cosas en nuestro país que fueron generadas por nosotros mismos, entre ellas, una guerra. Y esa guerra terminó en el despedazamiento de nuestro país. Y muchas cosas sucedieron en el pasado también, que llevaron a ir despedazando al Perú poco a

poco. El Perú era muy grande, recordemos que todas las demás repúblicas son un “ex Perú”. ¿Y por qué pasó esto? Porque ha habido intereses propios, y los propios peruanos no nos poníamos de acuerdo y preferimos ayudar al enemigo antes que formar una comunidad de amigos. Porque desgraciadamente nos hemos decidido a formar una comunidad de “amigotes”. Y el amiguismo es un punto muy grave cuando no se tiene verdadera “amistad social”, como dice el Papa.

En ese sentido, el Evangelio nos presenta, hoy día, esta Parábola de la paciencia de Dios con nosotros. Hoy, el Papa ha dicho que un hermoso nombre de Dios sería “el Dios que da otra posibilidad”, nos da otra oportunidad, porque así de grande es su misericordia.

Él, en medio de la tragedia humana, nos da y abre las posibilidades de solucionar los problemas. Él, viendo que nosotros nos peleamos, ambicionamos y nuestro pecado va destruyendo a la humanidad, Él todavía confía en nosotros. Y por eso, esta Parábola del viñador que, en medio de sus viñas, tiene una higuera que no da fruto, el viñador decide no arrancarla y pedirle a su patrón tiempo para cavar unos pozos a ver si el próximo año da fruto.

Esta paciencia de las oportunidades y de las posibilidades que Dios nos abre, debemos tenerla en cuenta, porque Dios, a pesar de todo el pecado que tenemos, no nos castiga inmisericordemente; sino que, sabiendo que nosotros, con nuestras acciones, producimos cosas peores, siempre está llamándonos a la posibilidad de salir airosos si reconocemos nuestros pecados y límites, si nos ayudamos unos a otros y corregimos lo que hacemos, rectificamos las tonterías que hacemos. Y para eso nos da su Espíritu, para eso nos da a Jesús, que nos muestra su amor misericordioso.

Y miren ustedes el primer texto, el texto del Éxodo (3, 1-8a. 13-15), en donde Moisés se admira por la magnificencia de este espectáculo y se acerca a ver cómo un fuego, en medio de las ramas, no llega a consumirse. Y luego escucha la voz del Señor que le dice dos cosas: “Este suelo es sagrado”, pero ‘Yo he bajado para liberar de la opresión a mi Pueblo. He escuchado su clamor y vengo a ayudarlo, y tú irás delante de él’. En estas dos formas, Dios sacratísimo y Dios sensibilísimo ante dolor humano, ¿cuál prima? Pues prima el sacratísimo amor de Dios que es el que ha venido a comunicarnos por medio de Jesús. Y eso se dice en dos frases que ustedes han escuchado cuando leen la Biblia: Moisés dice: “¿Qué nombre les voy a dar de ti cuando me pregunten?”, Dios le dice: “Yo soy el que soy”. Y hay otra traducción que es: “Yo soy el que está”. Las dos cosas es Dios: Es el que vive siempre, por lo tanto, Dios es el que es un misterio para todos nosotros, pero no por ser misterio deja de estar con nosotros. Y eso es lo que le faltaba comprender a Moisés: Dios está con nosotros, nos acompaña, sufre con nosotros y se mete en nuestra carne y en nuestros dolores, y desde allí nos llama a todos para poder actuar y amar como Él nos ama. Y esa maravilla de Dios, nos ha sido revelada en Jesucristo.

Por eso, hermanos y hermanas, este Tiempo de Cuaresma es para que recapacitemos respecto de los males que hacemos, de nuestra contribución directa o indirecta al mal general, y unirnos para corregirnos mutuamente, para decir nuestra palabra cuando una cosa está mal. No solamente se necesitan profetas que levanten su voz, se necesita un pueblo profético que clame, levante su voz, que se corrija de sus errores, y juntos ayudarnos a que salgamos adelante, porque Dios no nos castiga inmisericordemente, Dios nos corrige y nos llama hondamente a reconocer nuestras culpas, pero Él no deja de estar con nosotros.

“Yo soy el que está siempre con ustedes y no les retiro mi amor”. Y una muestra de ello es como en la religiosidad y en el arte, hemos expresado esa cercanía mediante estas dos imágenes que tenemos hoy día. Las imágenes del acercamiento del Señor a nuestro sufrimiento. Por esa razón, hoy día también haremos, al final de la misa, el primer pasito que nos recomienda el Santo Padre para el día 25 de marzo, cuando consagre a Rusia y a Ucrania al Sagrado Corazón de María. Nosotros también vamos a empezar esta semana de consagración uniéndonos en María, para que haya paz en el mundo y no sigamos en estas lides que destruyen nuestro ser, nuestra amistad y nuestra humanidad.

Hoy día, también, damos gracias por la vida de nuestro obispo profeta, Monseñor Luis Bambarén, que supo poner el dedo en la llaga siempre en la historia del país; y que nos enseñó a tener una Iglesia viva, capaz de decir su palabra con respeto, pero con claridad, para ayudar a cambiar y mejorar todo lo que somos y tenemos.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas. Gracias por su visita y gracias también a los niños del Manthoc que han venido a rezar con nosotros.